

CARTA

DE FR. PEDRO DE GANTE AL REY D. FELIPE II.

(DUPLICADO.)

S. C. C. M.—Después que á mi noticia vino cómo Nuestro Señor había sido servido que por los grandes trabajos y enfermedades de que el Emperador nuestro señor, padre de V. M. se sentía cargado, y para que como cristianísimo con más quietud y desembarazo de negocios tan arduos y trabajosos para su edad como los que traía, y tan necesarios para la existencia y perpetuidad de nuestro cristianismo, se había recogido, y traspasado en vida á V. M., como á hijo heredero suyo, el Estado, y con él estos reinos de la Nueva España, tuve determinado, como uno de los más particulares servidores suyos (pues dende muy mozo siempre me he ocupado en cosas tocantes al servicio de la Corona Real, antes que tomase el hábito en lo que pude, y después acá muy mejor), darle cuenta del estado y suceso desta tierra, como hombre experimentado por experiencia tan larga de muchos años, como es menester para que V. M. tuviese alguna previa noticia para cuando alguna vez se ofreciere, que siempre se ofrecen, cosas necesarias que suplicar á V. M. para el descargo de su real conciencia; de las cuales, como V. M. está tan lejos y apartado y no las puede ver, ni su real presencia puede ser habida, tenemos necesidad los Religiosos, como leales servidores suyos desapasionados y libres de lo temporal y deseosos de que lo espiritual permanezca, de le dar cuenta y relación é información, para que como siempre el Emperador nuestro señor lo ha hecho con aquel celo cristianísimo de las ánimas, V. M. como tal é hijo de tal padre, pues Dios fué servido de nos le

dar por señor en tal tiempo, en el cual tan necesario era á la Iglesia suya un tal rey y príncipe, provea lo que más y mejor le pareciere convenir, según Dios, al bien de los pobres y existencia de la tierra: y es el caso que yo vine con S. M. el Emperador nuestro señor cuando vino á España y desembarcó en Santander, con otros dos Religiosos, en compañía de Clapión, su confesor. El uno se llamaba Fr. Juan de Teta, Guardián de Gante, y el segundo se llamaba Fr. Juan también, los cuales son muertos, y á mí me llaman Fr. Pedro de Gante, servidor muy leal de V. M. En donde tuvimos nueva que Hernando Cortés había descubierto estas tierras y populosos reinos, á los cuales, deseando mejor y más cumplidamente servir á Dios y á la Corona Real, procuramos de venir, y en llegando incansablemente trabajar en la viña del Señor conforme al talento poco ó mucho de cada uno, y conforme á las fuerzas que Dios le había dado, aprendiendo la lengua, cosa cierto en aquel tiempo muy dificultosa, pues era gente sin escritura, sin letras, sin caracteres y sin lumbre de cosa ninguna, ni de donde nos poder favorecer, sino sólo de la gracia de Dios, con la cual fué servido en breve tiempo la supiésemos; y con ella procuramos de recoger los hijos de los principales y señores, y enseñalles la ley de Dios, para que ellos consiguientemente la enseñasen á sus padres y madres y á todos los demás, y esto por instrucción del capitán, que entonces era Hernando Cortés, de buena memoria. El cual luego fué gran parte ó casi el todo para que el Evangelio de Dios fuese tenido y reverenciado, honrando á los ministros dél y reverenciándolos, por lo cual fué digno y lo son todas sus cosas en este mundo de honra y en el cielo de gloria, como creo que lo tiene, porque luego mandó á toda la tierra que de veinte y cuarenta leguas alrededor de donde estábamos, que todos los hijos de los señores y principales viniesen á México á S. Francisco, á aprender la ley de Dios y á la enseñar, y la doctrina cristiana, y así se hizo, que se juntaron luego, pocos más ó menos, mill muchachos, los cuales teníamos encerrados en nuestra casa de día y de noche, y no les permitíamos ninguna conversación, y esto se hizo

para que se olvidasen de sus sangrientas idolatrías y excesivos sacrificios, donde el demonio se aprovechaba de innumerable cantidad de ánimas; parece, cierto, cosa increíble que hubiese sacrificio de cincuenta mill ánimas. Doy esta relación á V. M. para que conozca qué trabajos pasarían los pobres Religiosos en semejantes negocios, y lo que hoy día pasarán para conservar lo que con tanto trabajo han adquirido, y la necesidad que tendrán del favor de V. M. para lo sustentar, porque no sea peor la recaída que no la caída, y así suplico á V. M. todo lo vea, considerando más mi gran voluntad, que es en todo y por todo servirle, que no mis simples palabras y llanas.

La orden que con ellos se ha tenido es que luego de mañana cantaban y rezaban el Oficio menor de Nuestra Señora desde Prima hasta Nona, y luego oían su misa, y cuando no era tiempo de ayuno, los que querían almorzaban y luego entraban á leer y á enseñar á leer y escribir, y algunos á cantar para servir y officiar el Oficio Divino, y los más hábiles aprendían la doctrina de coro, así como son Artículos y Mandamientos, con lo demás, para lo enseñar y predicar á los pueblos y á las aldeas; y después de haber leído cantaban Nona de Nuestra Señora, y entrábanse á comer, y dadas gracias cantaban el Oficio de Finados por la semana, y el viernes los Psalmos penitenciales, y el sábado Canticum gradum, y descansaban un rato, y después entraban á leer hasta Vísperas, las cuales acabadas, tenían otro ejercicio de media hora, poco más ó menos, y después de cenar decían sus Completas de Nuestra Señora, y luego tenían sermón hasta las ocho, donde se ensayaban para ver quién era más hábil para ir á predicar á los pueblos, y luego se iban á dormir hasta Maitines, y todos juntos se levantaban á ellos, los cuales acabados, tenían un poco de oración, y lunes y miércoles y viernes hacían sus disciplinas; y esta orden tuve y se guardó muchos años; y por toda la semana los más hábiles y alumbrados en las cosas de Dios estudiaban lo que habían de predicar y enseñar á los pueblos los domingos y fiestas de guardar, y los sábados los enviaba en dos en dos á cada pueblo alrededor de Mé-

xico, dos y tres y cuatro y cinco y seis leguas, y á los otros de diez y de quince y de veinte leguas, y algunas veces de veinte en veinte días, y á otros más ó menos, salvo cuando era fiesta ó dedicación de los demonios, que enviaba los más hábiles para las estorbar; y cuando algún señor hacía fiesta en su casa secretamente, los mismos que yo enviaba á ver me venían á avisar, y luego los enviaba yo á llamar á México, y venían á Capítulo y les reñía y predicaba lo que sentía y según Dios me lo inspiraba. Otras veces los atemorizaba con la justicia diciéndoles que los habían de castigar, si otra vez lo hacían; y desta manera, unas veces por bien y otras veces por mal, poco á poco se destruyeron y quitaron muchas idolatrías, á lo menos los señores y principales iban alumbrándose algún poco y conociendo al Señor, y procuraba siempre de aficionarlos al yugo suave del Señor y á la Corona Real por buenas palabras y halagos, y otras veces por temores, aconsejándoles y declarándoles la diferencia sin comparación que había de servir á Dios y á la Corona Real, á servir al demonio y estar tiranizados. Empero, la gente común estaban como animales sin razón, indomables, que no los podíamos traer al gremio y congregación de la Iglesia, ni á la doctrina, ni á sermón, sino que huían desto como el demonio de la \dagger , y estuvimos más de tres años en esto, que nunca, como tengo dicho, los pudimos atraer, sino que huían como salvajes de los frailes, y mucho más de los españoles; mas por la gracia de Dios empecelos á conocer, y entender sus condiciones y quilates, y cómo me debía haber con ellos, y es que toda su adoración dellos á sus dioses era cantar y bailar delante dellos, porque cuando habían de sacrificar algunos por alguna cosa, así como por alcanzar vitoria de sus enemigos, ó por temporales necesidades, antes que los matasen habían de danzar delante del ídolo; y como yo ví esto y que todos sus cantares eran dedicados á sus dioses, compuse un cantar muy solene sobre la ley de Dios y de la fe, y cómo Dios se hizo hombre por salvar el linaje humano, y cómo nació de la Virgen María, quedando ella pura y entera, y esto poco más ó menos dos meses antes de la Natividad de Cristo; y

también díles libreas para pintar en sus mantas para bailar con ellas, porque así se usaba entre ellos; conforme á los bailes y á los cantares que ellos cantaban así se vestían de alegría ó de luto ó de vitoria; y luego cuando se acercaba la Pascua hice llamar á todos los convidados de toda la tierra, de diez leguas á la redonda de México, y de más, para que viniesen á la fiesta de la Natividad de Cristo nuestro Redemptor, y así vinieron tantos que no cabían en el patio, aunque es harto grande, y cada provincia tenía hecho su jacal adonde se recogían los principales, y unos venían de siete y ocho leguas en hamacas enfermos, y otros de seis y siete leguas por agua, los cuales oían cantar la misma noche de la Natividad los ángeles en el cielo, que decían «en tal noche nació el Redemptor del mundo,» y otras palabras semejantes; así que desta manera vinieron primeramente á la obediencia de la Iglesia, y desde entonces se hinchen las iglesias y patios de gente; y muchas cirimonias que ellos tenían, dedicadas á los demonios, en cortar los cabellos, por los cuales conocían la dignidad de cada uno, y todo lo iban quitando, de tal manera, que en poco tiempo no había memoria de ello; de manera que esta fué la entrada primera dellos, en la noche de la Natividad de nuestro Redemptor, y en el patio de S. Francisco de México; y así alzaron luego una cruz en él, casi de doscientos pies en alto, en memoria de la bandera y estandarte de Cristo, la cual está hoy en día, que es más alta que ningún campanario de toda la tierra: por tanto quería suplicar á V. M., que por cuanto yo estoy ya muy viejo y cansado, y casi en la sepultura, que V. M. me conceda esta merced, por último galardón de mis servicios y para el bien universal de todos los fieles: que V. M. alcanzase indulgencia plenaria á todos los que se enterraren en el dicho patio de México de S. Francisco, para que quedase perpetua memoria de V. M. y de la conversión de todos, pues es la cabeza de todos y la más antigua, y por eso se llama S. Joseph de Betlem, pues que en ella nació Cristo, y así solía ser de paja como un portal pobre. Empero agora es una capilla muy buena y muy vistosa, y caben en ella diez mill hombres y en

el patio caben más de cincuenta mill, y en ella tengo mi escuela de niños donde se sirve Dios nuestro Señor muy mucho; y así lo vino á ver el Virrey y Oidores y nuestros padres y Perlados, y dijeron que era una cosa muy necesaria al servicio de Dios y de V. M., y así me encargaron muy mucho la conservase, porque en ella aprendan á leer y escribir muy muchos indios que traen toda la masa de la tierra y son coadjutores de los Religiosos, y los ayudan á administrar la lengua y Sacramentos, y para alcaldes, jueces y regidores y gobernadores, y ellos son los que enseñan ya á los otros y me ayudan en todo lo que conviene, porque yo ya, como dicho tengo, no puedo ni tengo fuerzas, por lo cual querría suplicar á V. M., que atento á que el Emperador nuestro señor y el Consejo de las Indias, habida información del provecho que al servicio de Dios y á V. M. resulta desta capilla, para los muchachos della se hizo una limosna la cual mandaron fuese de penas de la Cámara, y estas son tan pocas que se ha pasado un año que no les han dado nada, y corre este sin esperanza de lo haber, que V. M. mande que la limosna que se les ha de hacer sea de la caja y de toda la real hacienda de V. M., para que estos pobres permanezcan aquí y tengan que comer, porque son pobres y trabajan mucho en hacer los divinos oficios y enterrar los muertos, y en cosas que son menester al servicio de Nuestro Señor, trayendo los niños al escuela y enseñándoles pulicía para que sepan leer, escribir y cantar y la doctrina cristiana; y estos son casados, con mujer é hijos, y si no se les hace esta merced no se pueden sustentar ni vivir de sus trabajos, por estar, como digo, siempre ocupados en el escuela, y ser su ocupación tan necesaria y provechosa. Y esto pido y suplico á V. M. se cumpla con estos, pues tan bien y tan fielmente me han ayudado y ayudan y ayudarán viéndose favorecidos; y aquí hablo de solos los de México, que están y siempre han estado á mi cargo, que los demás, como ya hay algunos Religiosos, aunque nonada en comparación de los muy muchos que son menester para tanta miese como hay, ellos tienen por allá cargo de sus escuelas, porque en cada casa las tenemos.

Estando escribiendo se me ofrecieron unos avisos para avisar á S. M., y es de los grandes inconvenientes que hay en repartir los pueblos á los españoles, que antes permita V. M. en dalles de sus rentas cosa de juros y rentas, que no repartir la tierra. Los daños son estos: lo primero, que los españoles con los repartimientos de indios, á lo que se tiene entendido, están perpetuamente ellos y sus descendientes en peligro de su salvación; porque hacer curas de ánimas á hombres casados y con mujeres y hijos, con honras del mundo y sus cumplimientos, no parece poder guardar ni hacer lo que conviene á los unos ni á los otros; y con las rentas que V. M. les diere estarán sus conciencias quietas, sin cargo de conciencia, y cultivarán la tierra, y no tendrán que ver con indios, y no tienen ocasión, teniendo esto, de tener competencias con los ministros de la dotrina, como cada día acontece, sino habrá gran lugar para que la dotrina se plante y sean cristianos, y ansí no se pueden levantar contra la Corona Real, porque como no tengan más de un Dios, y un señor temporal que los rija y mantenga y sustente paz y justicia, no hay lugar de los unos y los otros desmandarse; y como espero V. M. con celo de que esto vaya adelante lo hará y proveerá, no digo más de que quedo rogando á Nuestro Señor por muy largos años nos deje gozar de V. M. en mucha paz y sosiego. De Sant Francisco de México de Junio 23 de 1558 años—Besa los pies de V. M. su siervo y continuo orador—FRAY PEDRO DE GANTE.

En el sobre: Al muy Cristianísimo y Invictísimo Rey nuestro señor D. Felipe, en sus reinos, nuestro señor.

[De mano propia: tres hojas, con la del sobre.]

[Copia moderna.]

CARTA

DE FR. JACINTO DE SAN FRANCISCO

AL REY FELIPE II.

S. C. M.—Deseando hacer un servicio á nuestro católico y cristianísimo Emperador, he deseado tomar otro nuevo trabajo, demás de los muchos que en esta tierra he padecido en servicio de Nuestro Señor y de la Corona Real de España, y así verme con S. M. antes que Nuestro Señor lo llevara para sí, que asegún los trabajos que en esta vida pasó en defensa de la fe de nuestro Señor Jesucristo, tenemos por cierto está gozando de la gloria que su cristiandad y rectitud merecía; y después de sus días he tenido el mismo deseo, que ha sido y es besar los pies de V. R. M. para le dar cuenta de algunas cosas que mucho tocan á su real conciencia; pero porque mi edad parece que ya no da lugar á ello, me ha parecido escrebir á V. M. ésta, para le dar aviso de lo que siento; y para lo que aquí entiendo decir y suplicar á V. M. converná dalle alguna noticia de mi pobre persona.

Yo fuí uno de los primeros que vinieron á descubrir esta Nueva España, antes que el Marqués D. Hernando Cortés viniese; y después de descubierta volví con el mismo Marqués, y me hallé desde el principio hasta el fin en la conquista y pacificación della, cayéndome siempre en suerte, por la bondad de Nuestro Señor, lo más dificultoso y peligroso. Como fuemos llegados á esta cibdad de México, desde á ocho días poco más ó menos, salimos ocho españoles della á correr y á calar la tierra, á la costa del Mar del Norte, así en lo que estaba sujeto á Monteguma, como á otros que no lo conocían ni servían: y en esta demanda anduvimos un año